

lobo girar al rededor de su redil, pensé en poner mi dinero á cubierto de la rapacidad de Dionisio el jóven y de sus favoritos. Embarquéme secretamente para Corinto, desde donde vine aquí á visitar algunos parientes, los cuales me propusieron la adquisicion de esta hacienda. La situacion me sedujo, porque ví que era capaz de adelantamientos y mejoras; y en ello he trabajado, en diversas épocas, por tiempo de cuarenta años.

Llegó Teofania: la colocámos en medio; su perro se le puso á los piés, y así que nos vió atentos, empezó su historia.

CAPITULO XLIV.

Historia de Teofania.

NACÍ en Mileto, de cuya ciudad os ha hecho Bion la pintura; pero acaso no os habrá dicho que las Milesianas se creen obligadas por una antigua tradicion á dar sus primeros y mejores años al amor; por eso son los comercios de galantería sus principales negocios, y las fruiciones de toda especie su único objeto.

No sé si mi madre, cuando jóven, fué muy celosa del culto de Venus: lo que sí sé, es que á los diez lustros se vió viuda y pobre, y no teniendo mas sociedad que la mía, se retiró

á vivir en el campo, en una sencilla cabaña que poseia á las orillas del Meandro. Entónces tenia yo doce anos. Allí vivimos con legumbres y raices de nuestra huerta, y con el producto de los cestos de juncos que tejíamos en las noches de invierno y en el tiempo de la canícula. Mi madre era una buena muger, esto es, una muger de candor y de probidad, pero de espíritu apocado, crédula y supersticiosa en extremo. El Tártaro la asustaba, y á la menor omision en los ritos y en el culto de los Dioses, la parecia verlo ya abierto bajo sus piés. Al oír el nombre de Cerbero, de las Euménides y de Minos, se estremecía. El temor, mas que el amor, la hacia religiosa, y siempre estaba temiéndola venganza de los Dioses. Aunque era tan pobre, sacrificaba todos los años una cordera negra á Pluton, y hacia lustraciones y libaciones en honra suya casi á todas las horas del dia. Lo que derramaba en la tierra ó en el fuego, era leche, vino ó miel; y en su defecto derramaba agua. Cuando teníamos algun pedazo de carne, quemaba la mejor parte en honor de sus Lares, ó de su Genio, ó de Mercurio, ó de Baco. Los dias de ayuno ó de abstinencia religiosa, que eran las vísperas de las fiestas solemnes, no hacia mas que una ligera comida por la noche; y cuando mas tomaba por el dia algun pedazo

de pan, pero no bebia. Teníamos siempre provision de agua lustral, con la que nos purificábamos mañana y noche: llevaba sobre sí piedras sobrenaturales que tenían propiedades maravillosas (63): me hablaba sin cesar de los tormentos de los condenados, del buitre que roía los higados á Prometeo, de la roca de Sisifo, de la rueda de Ixion, de las metamórfosis de los Dioses, y de su venganza. Decíame frecuentemente que un sacerdote de Minerva la habia asegurado que, cuando los Pedasianos estaban amenazados de alguna desventura, le nacia una gran barba á la sacerdotisa de la mencionada divinidad, y que aquello habia sucedido hasta tres veces. El mismo sacerdote la contó la venganza que tomó Baco de los Calidonios. — Coreso, que era uno de los sacerdotes de aquel Dios, se tenia por el mas infeliz de los mortales: amaba á la jóven Calliroe; pero mientras mas la adoraba, mas desden, mas insensibilidad y mas ingratitud le oponia ella. Ya que hubo empleado sin fruto lágrimas, súplicas, y todo cuanto puede aconsejar la violencia y el abandono de un amor ardiente y delicado, recurrió á Baco. Coronó su estatua de pámpanos, de ramas de manzano y de granado, y se echó á sus piés: « Poderoso hijo de Jupiter y de Semele, le dijo, ten compasion de mis tormentos, y venga la injuria

hecha al mas celoso ministro tuyo.» — Llegaron sus ruegos hasta el Dios. Acometió á los Calidonios una embriaguez que los puso enfurecidos. Despechados como estaban, enviaron á consultar al oráculo de Dodona, el cual respondió: « Que Baco irritado contra ellos solo podia apaciguarse con la sangre de Calliroe, sacrificada en el altar por su gran sacerdote Coreso, ó bien con la muerte de alguno que quisiese morir por ella.» Para cumplir con el oráculo, prendieron á Calliroe, y convidaron á presentarse al que quisiese sufrir la muerte en su lugar: como ninguno se presentó, la llevaron al sacrificio: caminaba pálida, trémula y fuera de sí. Coreso respirando venganzas esperaba su víctima: ella se acercó; él levantó los ojos, vió sus lágrimas, su palidez, y su hermosura todavía encantadora: conmoviósele el corazon, calmósele el resentimiento, y en su lugar le inflamaron y le instaron la piedad y el amor juntos. Tenia en sus manos el cuchillo sagrado: titubeó un poco, volvió á mirar á aquella desgraciada, y súbitamente se hirió con el cuchillo, y cayó á sus piés. Calliroe, despechada por la muerte de un amante tan tierno y tan generoso, abominó de la ingratitud con que habia pagado tanto amor, y fué á matarse junto á una fuente, que despues tomó su nombre.

Afirmaba á mi madre en sus preocupacio-

nes un sacerdote anciano de Cibeles, que era nuestro único trato. Dabale mi madre sus ahorros, y solíamos privarnos de lo necesario para enviar ofrendas y víctimas á la madre de los Dioses.

Me educó con estas ideas, y me infundió el terror del cielo y del infierno; de manera que yo estaba tan penetrada de todas estas cosas, que cuando me veía sola en el campo, al acercarse la noche, se me aparecían en el aire Dioses y Genios. Un dia pasé un miedo mortal. Divisé un toro blanco que venia ácia mí: yo sabia la metamórfosis de Jupiter en un toro de este color, para robar á la bella Europa. Parecióme que aquel Dios me perseguía: espantada pues, y sin fuerzas, doblé las rodillas, le pedí perdon de mis faltas y de mi tibieza en su culto, y le prometí sacrificarle un cabritillo á quien yo amaba mucho. El toro Dios oyó sin duda mis ruegos, y se conmovió de ver mi inocencia, porque echó por otro camino; y yo, como una paloma perseguida del gavilan, me refugié al materno seno. Ya estaba yo para cumplir los quince años de mi edad, acababa de tomar la cintura (a), empezaba á desenvolverme: mi estatura era entónces, á poco mas ó menos, la

(a) Las jóvenes no tomaban la cintura hasta la edad de la pubertad.

misma que hoy; pero mi cándida sencillez era proporcionada á los pocos años de una muchacha educada en una soledad por una madre piadosa.

Teníamos licencia para ir á cortar juncos á un parage que estaba á las orillas del Meandro, adonde yo iba muy á menudo. Cierta dia oí los sonidos melodiosos de una lira: presté atencion, y miré á todas partes sin ver cosa alguna: maravillada del prodigio, imaginé que era el mismo Apolo, que invisible tocaba su lira. Encantada estaba yo, cuando repentinamente salió de entre unas cañas no sé que Dios, bajo la figura de un mortal. Retrocedí asustada, pero me llamó y me dijo: « Detente, graciosa Teofania, destierra tu temor. » — Soseguéme algun tanto al oírle, y levanté los ojos para verle: ceñia su cabeza una corona de hojas de caña, y tenia en sus manos una lira, y un ramo de rosas que me presentó. La sorpresa, y no sé que otro movimiento mas, suspendieron mis ideas, y me dejáron en mi puesto como una estatua. El Dios se compadeció de mi cortedad, y me dijo con dulzura: « Tranquilizate, Teofania hermosa, porque yo disto mucho de causarte ningun sinsabor. — ¿Pues, quien sois? le pregunté balbuciendo: ¿ como sabeis mi nombre? — Soy el río Meandro, me respondió: habito en ese palacio de cristal, en lo mas

hondo de las aguas : conozco lo presente , lo pasado y lo futuro : tengo los ojos puestos en tí : he visto que tu virtud , tu inocencia y tu piedad son iguales á tus gracias , y así he resuelto colocarte entre mis nayades. Luego que te veas en aquella clase suprema , no tendrás que temer las enfermedades , las penas , ni la horrorosa muerte ; y siendo inmortal como yo , conservarás eternamente tu belleza y juventud. » — Dí gracias al Dios avergonzada , y le añadí que hablaría de ello á mi madre. — « No , me replicó : no es tiempo todavía : nuestros misterios no se pueden revelar á los profanos. — Pero ¿ que debo hacer , le pregunté , para merecer la honra de volverme nayade ? — Es menester , me respondió , por tres dias seguidos purificarte mañana y noche con agua lustral , invocando cada vez á Neptuno , Dios del mar ; y además de esto ayunar , y por la noche no comer mas que legumbres , leche y miel. Espirados los tres dias , volveréis á este sitio , donde me llamaréis por tres veces : entónces me levantaré sobre la superficie de las aguas , y con mi aliento purificaré vuestro cuerpo de cuanto tiene de perecedero y de terrestre : os animaré con este principio de vida , el cual , de mortal que sois , os convertirá en una felicísima nayade. » Dicho esto , me dió un beso , me ayudó á cortar un manojo de juncos , y desapareció.

Maravillada , reflexiva , y agitada de gozo , de esperanza y de temor , me volví á paso lento á mi casa : oculté á mi madre aquel augusto secreto , y observé fielmente los mandatos del Dios Meandro.

El cuarto dia , al apuntar la aurora , me encaminé al lugar de mi cita , y no sin alguna conmocion ; pero sostenian mi valor la religion y la curiosidad. Así que llegué á la orilla del río , llamé por tres veces al Dios : á la tercera oí unos sonidos , y noté que se movian las hojas : apoderóse de mí el miedo : cerré los ojos , y cuando volví á abrirlos , encontré junto á mí al Dios mas resplandeciente que en la aparicion primera : las tiernas cañas que circundaban su cabeza estaban entretejidas de rosas : exhalaba un olor suavísimo : su ropage era superiormente blanco ; y finalmente el Dios me deslumbró. Dijome : « Fuisteis fiel á mis preceptos , y no habeis revelado el secreto de los Dioses. Neptuno , padre mio , me permite que recompense vuestra piedad , y que os sublime á la clase de nayade : seguidme hasta aquel asilo , donde va á obrarse el misterio (64). » A estas palabras , me llevé á una gruta poco distante , á la cual ocultaban unas parras silvestres : las paredes interiores estaban tapizadas de yedra , y en lo mas hondo habia una cama de hojas frescas y de yerbas odoríferas. Parecia la caverna aquella que

preparó el Dios Pan para recibir á la bella Siringa. El río Meandro me mandó sentar sobre aquella cama, y se puso á mi lado: ni me atrevia á hablar, ni á mirar; pero él ciñendome en sus brazos me dijo: « Voy á iniciaros en un misterio al que los Dioses solo admiten á sus elegidos, y á daros nueva existencia. » Diciendo esto, desata mi cintura y me cubre de besos. ¡ Ah cruel! ¡ como abusó de mi simplicidad! Yo lloré, yo me resistí; pero él estuvo sordo á mis lágrimas y ruegos.

Al salir de la gruta, me dijo: « Bellísima y amada Teofania, he empleado todo mi poder para hacer de vos una nayade: la metamorfosis está muy adelantada, porque ya tenéis la hermosura, las gracias y la lozanía de la amable Galatea, aquella de quien Polifemo estaba tan ciegamente prendado. Neptuno, á quien voy á implorar, acabará mi obra. Pero el sol se acerca á nuestro zenit: sé por mi prevision que vuestra madre empieza á tener inquietud por lo largo de vuestra ausencia; es preciso separarnos. Prometedme que vendréis pasado mañana; y con la segunda conferencia se acabará de purificar vuestro cuerpo de cuanto le pueda quedar de terrestre y de impuro. Idos, bella Teofania, y cuidad con que estéis siempre sometida á los Dioses, y con que seais fiel á sus secretos. »

De vuelta á mi casa pensé mucho en aquella

aventura, que á mi entender era una mezcla de cosas divinas y humanas. No obstante, una cierta inquietud templaba la deleitosa impresion de que mi alma gozaba todavía. Aunque yo estaba muy persuadida de la divinidad de mi amante, me reprochaba tácitamente mi facilidad en obedecerle, y los medios de que él se habia valido para hacer de mí una nayade. Abstuveme, con todo, de hablar de ello á mi madre; y como ví que mis remordimientos calláron á la vista de los atractivos del placer, hice diversas romerías á la misteriosa gruta, que era muy diferente del antro de Trofonio. Pero el amor es un arbusto fértil, que despues de haberse coronado de flores produce amargos frutos. Mi amante fué el primero que sospechó que ocultaba yo algun nuevo fruto en mi seno; hablóme de ello, y dióme á conocer mi situacion, y la necesidad de ocultarsela á mi madre especialmente. « Seguid mis consejos, me dijo, y saldréis de inquietudes: vuestra madre está bien penetrada del espíritu de su religion, y conozco su piedad. A media noche, fingiréis que os despertais sobresaltada, daréis un gran grito, y diréis á vuestra madre que Palas se os acaba de aparecer sobre su carro tirado por buhos; que os ha mandado que os hagais recibir en el número de sus sacerdotisas, é ir con ella, al amanecer, á las orillas

del río Meandro, donde estará un sacerdote anciano de Minerva, con encargo de llevaros á Atenas, al Partenon, que es su templo. Y añadiréis que la Diosa, para consolarla y recompensar su piedad, la da un talento que encontrará oculto en el jardín, al pié de su estatua. — ¿Y quien dará ese talento? repliqué: ¿donde encontraréis ese anciano sacerdote? — El talento, me satisfizo el Dios, es un don de Minerva: lo sé muy bien; y en cuanto al anciano, seré yo, porque tengo, á semejanza de Vertumno, la facultad de tomar cuantas formas quiero. — Ya veis, pues, que mi amante era un Dios tan entendido y tan astuto como el mensajero del Olimpo; seguí el plan que me propuso. Despertéme sobresaltada á la media noche, y conté á mi madre mi vision fingida. Juzgo que la creyó, porque apénas amaneció cuando fué en busca del talento. Por mí, confieso que me atreví á dudar del presente de Minerva; pero mi madre, que me precedía, exclamó: ¡Hele aquí! Echóse súbitamente á los piés de la Diosa para darla gracias, y asegurarla de su agradecimiento eterno. Yo hice lo mismo, maravillosa del milagro. Aquel dia lo pasamos entre júbilos y entre ejercicios piadosos; quemámos incienso delante de la Diosa, la ofrecimos tortas, miel, aceite, é higos secos, y la coronámos de ramos de oliva. Pero mi

madre no pudo determinarse á dejarme partir, porque mi separacion affigia sobradamente su alma. Yo misma tampoco hubiera podido resolverme á tanto sacrificio, si mi situacion no me lo hubiera mandado. Dí parte al río Meandro de la perplejidad de mi madre. Dijome que la habia previsto, pero que obraria un prodigio que fijaria sus irresoluciones. « Anunciadla de parte de Minerva, añadió, que si dentro de tres dias no cumple con sus órdenes, se eclipsará el sol, dos horas ántes de mediodia, y os rodearán las tinieblas; y si no partis inmediatamente para presentaros á mis orillas, no volveréis mas á gozar de la vista de aquel astro, porque cubrirá la tierra una eterna noche. »

Aunque era yo tan crédula y sencilla, me reí de aquella prediccion: notólo mi amante, y me dijo con gravedad: « Pudiera desde ahora castigar vuestra incredulidad, y mandar al sol que ocultara sus rayos; pero quiero esperar hasta el tercer dia, y entónces conoceréis lo estendido de mi poder. Pero, con todo, anunciad á vuestra madre, de parte de Minerva, el terrible castigo á que su desobediencia la espone. » No obstante de que mi fé era titubeante, le prometí obediencia.

Quedó mi madre asustada de las amenazas de Palas; pero forzada de la ternura con que me amaba, aguardó el dia fatal para deter-

minarse : llegó aquel dia. Toda la mañana tuvimos los ojos fijos sobre el sol, siguiendo su camino : dos horas ántes de mediodia empezaron á apagarse las orillas de su disco, fué insensiblemente creciendo la sombra; apoderóse de nosotras el espanto, y nos pegámos estrechamente una á otra. Creció prontamente la oscuridad, aumentóse nuestro miedo, lloramos, nos prosternamos á los piés de Minerva, imploramos su clemencia, y solicitamos su perdon. Hecha esta oracion, exhorté á mi madre á que me dejara votar al culto de la Diosa, y á que me acompañara á las orillas del río; en lo que consintió. Salimos cuando mas espesas eran las tinieblas. Iban siguiendo á mi madre el remordimiento y el terror; y ella se acusaba á sí misma de aquel trastorno de la naturaleza. En fin, á medida de como nos acercábamos al río, se iban disipando las sombras, de manera que no tardó el sol en mostrarse con todas sus luces. Renació la alegría en nuestras almas, y dirigimos á Minerva las gracias mas espresivas. Yo tenia embrolladas mis ideas, sin poder concebir aquel prodigio. Pareciame mi amante un hombre como todos los demas; pero sin embargo veia que mandaba en los astros y en la noche. — « Vuestro amante, interrumpió Bion, no era mas que un pícaro instruido y astutísimo, que sabia que á tal hora de tal

dia debia haber un eclipse de sol. — Eso mismo supe despues (a). »

Al llegar cerca del río, continuó Teofania, divisé un anciano sentado al pié de un chopo, con un libro en la mano, y con aire de estar absorbido en la meditacion. Salíonos al encuentro asi que nos sintió. Cubria la mitad de su rostro una barba blanca: sus cabellos y cejas eran blancas como la nieve: andaba á paso lento, con el cuerpo encorvado, y apoyado sobre un báculo. Le miré atentamente sin poder conocerle. Mi madre le preguntó ¿ si era sacerdote de Minerva? — « Ya veis, la respondió, que tengo sus vestidos sagrados; sé lo que os trae aquí, porque me lo ha revelado Palas: por poco no ha causado vuestra imprudencia un grandísimo desorden en la naturaleza toda. El sol á la voz de la Diosa ocultó sus rayos; pero en fin habeis reparado vuestra falta: entró el arrepentimiento en vuestra alma, y han vuelto á brillar las luces del astro del dia. »

Desde las primeras frases, reconocí en su voz, aunque bajo los vestidos de un anciano, que era mi amante. Mi madre, que estaba familiarizada con los milagros, y que se sorprendió poco de ver á un sacerdote confidente

(a) Verisímilmente fué el mismo eclipse que asustó tanto á Xerces, cuando marchaba contra los Griegos.

de Minerva, le dijo que ella se sometia á las órdenes de los Dioses, y le confiaba el destino de una hija tan amada. A estas palabras, me abrazó tiernamente, no sin verter un torrente de lágrimas, y las mias no cesaban de correr. Muchas veces estuve ya para retractarme; pero la presencia y las señas del sacerdote falso, y la memoria de mi situacion, reprimiéron aquellos movimientos de sensibilidad.

Fuimos á Mileto. Filon, porque al fin mi amante no era mas que un hombre mortal, me alojó magníficamente. Parecióle que mi voz era buena, y me proporcionó maestros de música. Tomé aficion á esta arte, é hice en ella muchos progresos.

Seis meses despues parí una niña de tan linda figura, que hubiera podido pasar por obra de un Dios. No quise que una muger estraña la alimentase; y llegó en mí á tanto este modo de pensar, que estando un dia con calentura, y advirtiendole que una muger daba de mamar á mi hija, me arrojé de la cama, tomé á mi hija, y la hice vomitar la leche que habia tragado (65).

Creí asegurada mi felicidad con su nacimiento. Amaba yó á Filon, adoraba á mi hija, disfrutaba de los favores de la fortuna; enviaba frecuentes socorros á mi madre, y no tenia que desear; pero es una sola línea

lo que separa á la felicidad de la desgracia.

Apénas tendria cuatro meses mi hija, cuando Filon me dió á entender que convenia separarla de nosotros, confiandola al cuidado de alguna muger de bien. La proposicion me enojó mucho, y él mudó de conversacion. Al instante eché de ver que nunca se sonreia con la niña, que la rehusaba sus caricias, y aun tambien que la desviaba de sí con desabrimiento. Yo estaba pasada de pena, y al fin me quejé. Respondióme con dureza que hijos semejantes no merecian apego alguno. — « ¡Pues como! le repliqué: ¿no habla la naturaleza á tu corazon? ¿no eres padre suyo? — ¡Quita allá! me repuso: esa palabra naturaleza es una palabra que nada significa: la preocupacion, la costumbre, y mas que todo el amor propio, es el solo vínculo que une los padres á los hijos: separaos de ellos al nacer, y la naturaleza callará. La naturaleza á mi ver solo es costumbre. »

Contesté á tan despreciable metafísica con los llantos de una madre, y con los repetidos y tiernos besos que dí á mi hija. Cierta dia, ¿podréis creer tanta barbarie? me estaba acariciando, y mi hija estaba junto á nosotros; yo le dije: Mirala bien, ¡que bonita es! — Sí, me replicó: seria lástima envenenarla (66). — ¡Que proposicion! toda temblé de horror. Desde aquel dia pasé mi vida entre

lutos y temores: entró en mi corazón el odio, y aborrecí á Filon; pero peleé cuanto pude contra aquel sentimiento importuno. ¡ Podia olvidarme de que era el padre de mi hija!

Una mañana entró en mi cuarto con encapotado ceño, y me dijo: « Esa niña origina frialdad entre nosotros, y te absorve toda entera: quiero absolutamente ponerla en otras manos; no temas nada: la cuidarán, y tendrá una educacion análoga á su existencia futura. » Yo estaba callando, y mirándole de hito en hito. — « ¿ Me entiendes, Teofania? — Sí, te entiendo; pero el bárbaro Filon ántes me arrancará el corazón que mi hija: ¿ me entiendes tambien? » — Se fué sin responderme, y estuvo ausente tres dias. ¡ Que dias! ¡ que siglos! las ansias, los terrores, la soledad, el amor materno, me agitaban y me destrozaban alternativamente.

Al tercer dia, un poco ántes de anocheecer, volvió, y me preguntó con semblante sosegado y afectuoso por mi salud: díjome que habia dado algun dinero á mi madre, y luego me añadió que entrase con él á mi gabinete, para ayudarle á descolgar un cuadro que queria enviar al pintor para reparar algunos defectos que tenía. Mi hija estaba durmiendo: yo nada sospeché, y le seguí. Arrimó una escalera á la pared, y me encargó que la tuviese firme: parecia como que

le costaba trabajo el descolgar el cuadro. En aquel instante mismo gritó mi niña: oí pasos en el cuarto, y corrí allá; pero ¡ que fué lo que ví! una enorme megera que se la llevaba. Arrojéme á ella, y la agarré por los cabellos, gritando: « ¡ Monstruo infernal, no te escaparás! » Presentóme un puñal la infame: yo se lo cogí sin miedo y con fuerza: quiso desasirlo de mi mano, y nos pusimos á luchar. La rabia, el furor, y la presencia de mi hija, aumentáron mis fuerzas, y vigorizaron mi espíritu: empezó á correr sangre de mi mano herida, pero nada se me dió; resistí, me abalancé, y dí espantosos chillidos. Entró por último Filon: sin duda tuvo miedo de que mis voces descubrieran su atrocidad: ¡ y aquel monstruo era el padre de mi hija! Hizomela volver, y temblando de ira salió con su cómplice.

Llamé á mis esclavos, mas ninguno respondió: víme totalmente sola, pero estaba con mi hija, á la que dí mil besos; la inocente infeliz se sonreía con mis caricias, y me alargaba sus tiernos bracitos. Advertíla bañada en sangre, y entónces pensé en curarme la herida.

Pero la noche me iba trayendo mayores espantos. Resolví pues escaparme, y buscar algun asilo en que pudiese hallar conmisericordia para una madre. Acudí á la puerta de

la casa; pero el nudo que la cerraba estaba tan bien hecho, que no pude desatarlo (a). Aquella precaucion acrecentó mis sospechas y terrores. Anduve de cuarto en cuarto, des-pavorida y trémula, y formando mil proyectos que mutuamente se destruian. Puseme á medir la altura de las ventanas, y me arredró por demasiada. Tenia yo un jardinillo cercado de tapias bastante altas, y me atreví á formar el proyecto de echarme por ellas. Era la noche oscura, pero me favorecian las sombras. Arrastré al jardin una escalera grande, pusela sobre la tapia, y con mi ceñidor me até sobre la espalda á mi hija. Al subir, me temblaban los piés; pero no era por mí por quien temblaba. Asi que estuve en lo alto de la tapia, me senté, acaricié á mi niña, y apreté mi ceñidor. Traspasé la escalera al otro lado, y no sin trabajos y esfuerzos bajé lentamente con mi carga. Luego que tomé tierra, lo primero que hice fué arrodillarme para dar gracias al cielo. ¡Que resorte tan poderoso es el amor materno! Desviéme á paso acelerado, y caminé rodeada de temores y de sombras, pareciendome siempre que venian detras de

(a) Los Lacedemonios fuéron los que inventáron las llaves. Antes de esta invencion, se cerraban las puertas con nudos tan enredosos, que solo podia desenredarlos quien tenia el secreto.

mí Filon y sus satélites. Pero ¡ay! abandonáronme las fuerzas, y caí desmayada junto á una cerca; allí, casi sin pulsos, demudada y palpitante, prestaba toda mi atencion á cualquier graznido de los pájaros nocturnos, y al ligero movimiento de una hoja. Súbitamente oí pasos de hombres: puseme á escuchar con el mayor cuidado: acercóse el ruido, y yo me resolví á salvar la cerca, pero caí en un lodazal. ¡Que idea tan tétrica me ocupó entonces! llegaron dos hombres, y se pararon. ¡Ay! ¡como me palpitaba el corazon! cuajóseme la sangre en las venas, y me quedé casi sin respiracion: lo que mas temia yo eran los lloros de mi hija. Decian aquellos hombres: « ¡Adonde habrá huido? mucho camino ha andado en pocas horas: sigamosla con todo, y la alcanzaremos. » Algunos instantes despues me envió á Bion aquel Dios que vela sobre los desgraciados. ¡Ese que veis ahí es mi salvador! ¡cuanto agradecimiento y fidelidad le debo! El me ha reconciliado con los hombres á quienes yo mortalmente aborrecia.

Nunca se ha desmentido su generosidad, su complacencia, y su tierno cuidado. Por él he olvidado mis penas: hoy es dichosa mi vida, y no tengo otros deseos que formar, que los de hacer la suya tan afortunada como lo es la mia. — Preguntámosla por su hija y

por su madre, y nos respondió que habian ido á Anfisa por algunos dias.

Hecha la antecedente narracion, se levantó Bion, y nos dijo: La noche ha estendido su velo: el sueño ha salido ya de su antro sombrío, y nos aguarda á las cabeceras de nuestras camas: vamos á gozar de sus beneficios; y para esparcir vuestros ánimos, os contaré en el camino una aventurilla que yo presencié, y que tiene mucha relacion con la del Dios Meandro y la de Psiquis.

Viajaba yo por la Troada para visitar las ruinas de Troya. En aquellas comarcas prescribe la religion á las vírgenes ir algunos dias ántes de su himeneo á bañarse en las aguas del Escamandro, y á ofrecer sus primicias al Dios del río. La bella Tais, conforme á aquel uso piadoso, fué al parage dicho con su nodriza, dos dias ántes de su casamiento, y se sumergió en sus aguas clamando: « Dios del Escamandro, ven á coger mi virginidad, si esta oferta puede serte agradable. — Yo la acepto, » respondió el Dios, saliendo del centro de unos cañares, con la cabeza rodeada de sus hojas. Inmediatamente tomó de la mano á Tais, y la llevó bajo una vasta roca, circundada de mil arbustos que la hacian sombra. Salió de ella encarnada como la rosa que va á abrirse, y fué á buscar á su ama que la aguardaba á la orilla del río.

La jóven desposada, vestida gallardamente, pero mas hermosa por sus atractivos naturales, siguió el dia de la boda una procesion que se hacia en honor de Venus, y entre la turba de los jóvenes conoció improvisamente al dios Escamandro. « ¡Ay Cleona mia! exclamó, hablando con su nodriza: ¡ved allí al Dios Escamandro, á mi esposo del otro dia! » Descubrió la nodriza el fraude, voceó, pidió socorro, y quiso que prendieran al fingido Dios; pero por fortuna suya tuvo tiempo para escaparse.

Bion se apartó de nosotros diciendonos: Un pastor debe estar levantado cuando aun brilla la estrella matutina. Mañana comerémos en la isla de la Amistad. La vida se me va acabando, y cada sol que me alumbra puede ser el último. Debo imitar al labrador que, mientras mas cerca está la noche, mas trabaja.

Cada dia es un bien del cielo pío;
Gozo, pues, de este dia que me ofrece:
No es mas del tierno jóven, que lo es mio;
Y el de mañana á nadie pertenece.